



LA LITURGIA EN EL CORAZÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Mons. Dominique Rey
Obispo de Frejus-Toulon

1. Liturgia, evangelización y misión

La liturgia es el instrumento más eficaz para la edificación de la vida cristiana y la promoción de la misión. Es la pedagogía más completa de la fe, ya que conjuga la reunión de la comunidad alrededor del misterio pascual, la oración de toda la Iglesia, la proclamación de las Escrituras, la gracia sacramental que ofrece a los fieles, la enseñanza de las verdades de la fe, la belleza de los cantos y de los símbolos. Es el punto de partida de la misión y su cumbre.

La asamblea cristiana que celebra la fe llega a la cima de su vida en el servicio cultural del Señor.

La liturgia es la cumbre hacia la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de la que brota toda su virtud. Pues los trabajos apostólicos apuntan a que todos, hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la Cena del Señor (SC 7).

La liturgia cumple de este modo la doble función de constituir la Iglesia y de expresarla. La primera a través de la celebración de los sacramentos, la segunda en la alabanza que atraviesa el ritmo del tiempo. Es a través de esta doble tarea donde se ejercita, desde el inicio de la misión, el doble movimiento de glorificación de Dios y de santificación de los hombres.

La pastoral sacramental debe tener en cuenta algunos principios:

- **Celebrar con respeto, dignidad e integridad**, sin charlatanería, sin improvisación “contextualizante”, sin secuestro por ningún grupo que instrumentalice la oración de la Iglesia en provecho de su propia sensibilidad. La liturgia perdería entonces su objetividad y su universalidad, en virtud de la auto-celebración narcisista de la comunidad. El Papa Francisco ha recordado que la “misa no es un espectáculo: es ir al encuentro de la pasión y de la resurrección del Señor”. No es el momento de charlar, añade: “es el momento del silencio”.
- **Articular con pedagogía, la verdad racional de la fe que vehiculan la liturgia y la fuerza de los símbolos que utiliza.** Por este

hecho, la liturgia es la primera predicación de la comunidad. Pone en valor, a la vez, la belleza del misterio cristiano y el testimonio de la Palabra de Dios, la inspiración y la expresión.

- **El redescubrimiento de los signos sencillos** y poderosos que la Tradición nos ha transmitido y que hablan a la inteligencia y al corazón de los fieles (antes que reinventar una simbólica improvisada y ficticia). “Es muy importante volver a los cimientos, redescubrir lo que es esencial, a través de lo que se toca y lo que se ve en la celebración de los sacramentos”. “Por ejemplo, —pregunta el Santo Padre— por qué se hace el signo de la cruz?”
- **La participación, plena y activa, de los fieles** en la celebración del misterio pascual. Los fieles no son destinatarios pasivos, sino protagonistas del misterio de su propia salvación. En el prisma de la alabanza celeste, en la que cada liturgia está enraizada, la asamblea expresa la comunión alrededor del Señor.
- **La liturgia no es un teatro** en el que los clérigos se ofrecen en espectáculo ante un público pasivo y distante. Es la alabanza de toda la asamblea. La verticalidad convoca, pues los hombres se asocian y convergen en un “ir más allá” común.
- **La fidelidad al año litúrgico**, respetando su ritmo cíclico (sin superposición) y poniendo en evidencia el centro de gravedad que es la celebración de la fiesta de Pascua. Por la liturgia, el tiempo de nuestra vida deviene el tiempo de la salvación. El tiempo se llena de Dios.
- **La rehabilitación del Día del Señor.** De domingo en domingo, gracias a esta parada semanal en la mesa del Señor, el creyente emprende su camino de fe y crecimiento. El día del Señor proporciona un eje y una cima a la cronología del tiempo. Ordena y estructura el tiempo.
- **La promoción de una homilía mistagógica**, es decir que inicie en el misterio cristiano y se apoye en la Palabra de Dios. A continuación de la escucha de la Palabra y antes de la celebración del sacrificio, la predicación homilética constituye un punto de paso: ella actualiza la Palabra que se cumplirá en el sacramento de la pascua. No debe volverse una exhortación piadosa, sabia o moralista. “La homilía no puede ser un espectáculo entretenido, no responde a la lógica de los recursos mediáticos, sino que debe darle el fervor y el sentido a la celebración” (Francisco, EG 138). La homilía debe convertirse en catequesis (*Katechéo*) en el sentido etimológico de la palabra, “un eco de la Palabra de Dios”. “La homilía retoma el



diálogo que se ha establecido ya entre el Señor y su pueblo” (Francisco, EG 138). Comentario familiar de la Palabra de Dios, la homilía posee un carácter sencillo, accesible. Yendo más allá de un simple testimonio subjetivo, la homilía compromete la autoridad magisterial de la Iglesia. Es una palabra “universal” y autorizada.

- **La formación de equipos litúrgicos** contribuye a hacer de la liturgia una oración comunitaria. El Papa Francisco ha recordado por otra parte en sus catequesis que “un tema central que los Padres conciliares han subrayado es la formación litúrgica de los fieles”.
- **Una catequesis mistagógica.** La catequesis mistagógica inicia a los sacramentos. Destinada a los catecúmenos principiantes, se impartía, en los orígenes del cristianismo, durante la semana pascual e incluía la formación de los neófitos. La experiencia vivida de los sacramentos precedía su explicación. Esta catequesis mistagógica es un dato constante de la vida cristiana, ya que esta ha de ser una profundización progresiva y vivida del misterio de la vida de Cristo. La liturgia es la fuente y lo previo al paso catequético. Mientras que muchos niños, jóvenes, incluso adultos, ya no son iniciados (en familia) a la vida litúrgica y ya no conocen los códigos interpretativos de su lenguaje simbólico, la liturgia se convierte en catequesis. Esta catequesis litúrgica y mistagógica inicia a las nuevas generaciones en el misterio cristiano.
- **El arreglo y el mantenimiento de las iglesias,** del espacio litúrgico, de la iconografía, de la sacristía, de los vestidos, objetos y ropas sagradas, participan, no de una búsqueda estética, sino del valor del culto dado al Señor. “Nada es demasiado bello para Dios”, decía el santo Cura de Ars, quien se tomaba un cuidado particular en embellecer su iglesia. Sabía del impacto simbólico y misionero de esta atención pastoral.

En su audiencia general del 21 de junio de 2000, Juan Pablo II subrayaba con fuerza la dimensión misionera de la eucaristía: “La celebración del Sacrificio es consecuentemente el acto misionero más eficaz que la Comunidad eclesial puede realizar en la historia del mundo”.

La nueva evangelización deberá pues cimentarse en una verdadera renovación eucarística, una “primavera eucarística” (Benedicto XVI) porque la Eucaristía es “fuente, centro y cima de la Evangelización”. La liturgia conduce nuestro apostolado a la centralidad del misterio salvífico de Cristo. La Iglesia hace memoria de la obra de la salvación y la actualiza. Cada celebración es el lugar en el que Dios se comunica y espera una respuesta. El primer

espacio de la misión es la comunidad de los bautizados. Esta auto-evangelización de la Iglesia por el Espíritu Santo (dejarse “convertir por Dios” cf. 2Cor 5,20) constituye el fundamento de la misión *Ad Extra*.

El papa Francisco, en su Exhortación EG no ha dejado de recordar el papel principal de la liturgia en la evangelización. “La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia, en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo” (EG24).

De Eucaristía en Eucaristía, la Iglesia se renueva, la comunidad de los bautizados es la primera que ha de ser evangelizada. Y la misión es la transmisión no solo de un mensaje, sino de una realidad viviente (la Palabra y el Pan), de la que se hace la experiencia en cada celebración eucarística. La Buena Noticia del “Dios con nosotros” se ofrece graciosa y misericordiosamente en cada sacramento. Dios entra así en nuestra historia, en nombre y a favor también de todos los que no lo acogen, y Él nos orienta hacia ellos.

“La Eucaristía es mi vida”, decía S. Juan Pablo II. Ella obra un modo de existencia, una manera de vivir, una cultura eclesial, poniendo a Cristo en el centro de nuestra vida, el Cristo que se da enteramente para que nosotros “permanezcamos en su amor”. Dios ya no está solo frente a nosotros, sino en nuestro interior, y nosotros en Él. Vamos hacia el Señor, con el Señor. Cristo es al mismo tiempo la meta y el compañero de camino.

Por lo tanto, hay que cuidar la promoción de una catequesis eucarística, el respeto de la dignidad de la celebración, la iniciación en “*l’ars celebrandi*” (el arte de celebrar), cuestiones a las que son sensibles las nuevas generaciones que buscan sacralidad y ritualización, y constituye la base para una adecuada comprensión de la liturgia.

2. Santificar el día del Señor

El día del Señor sigue y actualiza la Pascua. Pascua es el centro y la cima del tiempo cristiano. No se trata de una simple conmemoración. La Resurrección de Cristo entre los muertos, su manifestación en la asamblea de los suyos, la comida mesiánica compartida por el Resucitado con sus discípulos, el don del Espíritu Santo y el envío misionero de la Iglesia, son los elementos constitutivos y estructurantes de la Pascua cristiana. El domingo no es otra cosa que la celebración semanal del misterio pascual.

2.1 ¿Cuáles son las características de la reunión dominical?

“Los cristianos se reúnen el domingo para celebrar la Eucaristía”. Estas palabras de Justino en el siglo segundo subrayan la dimensión de la reunión



de la comunidad desde los orígenes, como discípulos convocados alrededor del Resucitado por la fuerza de su Espíritu.

En la introducción de una catequesis sobre la liturgia, el papa Francisco recordaba la respuesta de un grupo de cristianos del siglo IV al procónsul romano que los había hecho detener, bajo el emperador Diocleciano. Habiéndoles preguntado el procónsul porqué habían celebrado la Eucaristía, lo que estaba formalmente prohibido, respondieron: “no podemos vivir sin el domingo”. El Santo Padre comenta: “si no podemos celebrar la Eucaristía, no podemos vivir”.

El hecho que los cristianos se reúnan periódicamente para la oración, es juzgado, desde el inicio de la Iglesia, como característico de su género de vida, incluso por parte de aquellos que los describen como paganos. Los cristianos son por excelencia gente que se reúne.

Ellos toman conciencia de su calidad de pueblo convocado por Dios a la Alianza y llamados a atestiguarlo en el corazón de la historia. El domingo, la Iglesia se siente como convocada y enviada, reunida y diseminada, según este doble movimiento que realiza su identidad y la reenvía siempre aún más allá de ella misma.

La Eucaristía dominical dice pues la vocación de la misión de la Iglesia: convocación → reunión → dispersión.

En relación a esta dimensión de la reunión se plantean preguntas concretas. En otro tiempo la civilización parroquial estaba unida a una ruralidad marcada por la sedentariedad. La comunidad englobaba el trabajo, la familia, el ocio, el consuelo... Todo se vivía en un mismo espacio. La religión era el acontecimiento consecratorio de este marco. El “fuera de la comunidad” aldeana local era la excepción. Hoy, este mundo rural desaparece para dar paso a otra ruralidad.

Hoy somos testigos de la movilidad de nuestros contemporáneos.

Hoy la relación con el espacio y la relación con el tiempo se hallan considerablemente modificadas. Sin embargo, hay que tener en cuenta que los estudios sobre los lazos sociales subrayan la demanda de una búsqueda de identidad y de que el lugar en el que se reside es un elemento importante de esta identidad.

Estas observaciones permiten comprender que la asamblea eucarística del domingo debe hoy jugar con este doble fenómeno de movilidad y de afecto a un lugar que marca la inscripción social en un espacio. A estas reflexiones, hay que añadir el funcionamiento aún de las nuevas generaciones, el apasionamiento por ciertos lugares, ciertas misas en los pueblos en particular favorecen una movilidad, a veces concurrencial, entre las diferentes propuestas de reuniones y de liturgias.

Finalmente una última reflexión en relación al crecimiento de las parroquias unido a la remodelación parroquial. Este reagrupamiento plantea la cuestión de la articulación de los lugares de culto y el nacimiento de un sentimiento de pertenencia a un conjunto más amplio que el pueblo en el que se reside.

Otra cuestión que concierne a la celebración del domingo es que esta no se limita a la asamblea eucarística que es la característica propia del domingo. Fuera de la celebración de la Eucaristía puede haber otros lugares de oración. Pienso en ese oficio dominical más antiguo que son las vigiliias. Esta asamblea de plegaria en las últimas horas de la noche del domingo está atestigüada en Oriente, especialmente en Jerusalén en el cuarto siglo.

La reunión del domingo ocupa un lugar central a la vez en el dispositivo litúrgico y en el modelo de eclesialidad. La reunión del domingo es generadora de la Iglesia. Este día no es simplemente un paréntesis sino un punto de salida y de llegada. “El día del domingo, estad siempre alegres, pues el que se aflige el día del domingo comete un pecado” prescribe en el tercer siglo la *Didascalia* de los Apóstoles. Esta alegría debe extenderse en caridad fraterna, debe recaer sobre la vida familiar y, a partir de la comunidad reunida alrededor de su Señor, difractarse sobre la ciudad.

3. La eucaristía, fuente de la comunión eclesial y misionera

“La forma eucarística de la existencia cristiana creyente es una forma eclesial y comunitaria”, escribía Benedicto XVI en su exhortación apostólica sobre la eucaristía. ¿Cómo despertar la conciencia comunitaria de la vida cristiana en un contexto de individualismo y de subjetivismo? El papa Francisco hace notar “que existe el peligro de que ciertos momentos de oración se transformen en una excusa para no entregarse a la misión, porque la privatización del estilo de vida puede llevar a los cristianos a refugiarse en falsas espiritualidades” (EG 262).

La eucaristía es el sacramento de la intimidad (Dios en nosotros), pero también de la unidad de la Iglesia y de la fraternidad (todos nosotros en Dios). Comulgando juntos con el cuerpo eucarístico de Cristo, somos integrados en su cuerpo eclesial. Formamos en él, un solo cuerpo del que él es la Cabeza. Una fraternidad que, en principio, no es de opinión, ni de afinidades, ni de sentimientos, sino una solidaridad sacramental que el apóstol Pablo presenta como una “incorporación a Cristo”. Lo que está en juego es importante. En las comunidades cristianas, muchos fieles están a veces yuxtapuestos unos a otros. No se conocen entre ellos. ¿Cómo, a partir de la eucaristía, se puede constituir realmente, visiblemente un cuerpo, es decir una red humana y espiritual, un espíritu de familia en el que cada uno es acogido por lo



que es, con sus dificultades y sus dones? ¿Cómo desarrollar una espiritualidad y una eclesiología de comunión?

La comunión eclesial se hace a partir y en la eucaristía. Todas las obras, apostolados y servicios caritativos, de solidaridad y de fraternidad se despliegan por círculos concéntricos a partir de la eucaristía y de su irradiación.

En cada celebración eucarística, la vocación del sacerdote es la de “incorporar”. Comiendo todos el mismo pan, el mismo Cristo, somos arrancados de nuestro individualismo cerrado, de nuestra existencia solitaria, de la privatización de nuestra existencia. Somos identificados con Cristo y por eso identificados los unos con los otros por la comunión con Cristo. Comulgar con Cristo es comulgar los unos con los otros. No estamos unos al lado de otros, cada uno para sí. Sino que todo bautizado que comulga se convierte para mí “en hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gn 2, 23). Ningún proyecto social, ningún acto de solidaridad puede alcanzar tal grado de comunión.

Esta “incorporación” se realiza por engendramiento. Es el fruto de un sacrificio. Derramando su sangre (sangre que designa en la concepción hebrea, la vida), es decir dando su vida, Cristo da vida al mundo. Entregando su Cuerpo, Cristo reúne en un solo cuerpo su Iglesia.

Desde Henri de Lubac, tenemos la expresión “la eucaristía hace la Iglesia y (en correspondencia) la Iglesia hace la eucaristía”.

Se puede decir pues con justicia que la Iglesia y su misión existen para llevar la acción salvífica, el cuerpo salvífico de Jesús, a todos los tiempos y a todos los lugares del mundo. Así, la humanidad entera, todas las naciones y toda la historia humana, podrá reunirse como una sola familia, una sola comunidad alrededor de la mesa del Señor hasta el final de tiempos. Los Apóstoles, reunidos alrededor de Pedro, recibieron el siguiente mandato: “Haced esto en memoria mía” (1 Cor 11, 25), y también: “Id al mundo entero, proclamad el Evangelio a toda la creación” (Mc 16, 15). Estos dos mandatos son inseparables. La eucaristía no solo reúne la Iglesia, sino nos envía al exterior, para reunir a toda la humanidad. ¡Si la eucaristía es como el corazón de la Iglesia, únicamente lo será en el doble movimiento que hace latir su corazón: sístole y diástole! Este doble balanceo estructura la vida de la Iglesia. Ella es convocada para ser enviada de nuevo, de domingo en domingo.

La evangelización no solo es un anuncio de Cristo, sino también un proceso de incorporación a la Iglesia. De ahí el lazo sacramental entre la evangelización y la eucaristía.

Se comprende entonces el lazo intrínseco entre la celebración de la Eucaristía y toda actividad misionera. “La Eucaristía es en sí misma un acontecimiento misionero”, decía Benedicto XVI. Pues la Eucaristía es el sacramento

de Dios yendo a la búsqueda de la humanidad. Por ella, Jesús se da a la Iglesia para que esta pueda darlo al mundo. La lógica del don caracteriza pues estos dos movimientos interiores, uno y otro. Por la Eucaristía, la Iglesia se recibe de Cristo. Por la actividad misionera, la Iglesia hace presente a Jesús en el mundo. La urgencia de la misión ante un mundo secularizado e indiferente, conduce así a una “urgencia eucarística”.

La Eucaristía es para cada fiel laico un lugar de santificación personal que le prepara a la misión, la de santificar el mundo. Si la vocación propia del laico es la de santificarse en el mundo y santificar el mundo, la Eucaristía ha de ocupar un lugar central en su vida. En efecto, ella modela toda la existencia. Ella nos conforma a Cristo, nos hace contemporáneos de Él, de su Pasqua. La vida del cristiano deviene así totalmente Eucarística.

Como escribe el papa Francisco: “Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar” (EG 273).

“¡Si la Iglesia llega a ser auténticamente Eucarística será misionera!” (Benedicto XVI). La adoración Eucarística conserva, refuerza y renueva el impulso misionero.

La adoración Eucarística prepara, prolonga e intensifica lo que ha pasado en la celebración Eucarística. “Que nadie coma esta carne sin haberla adorado antes”, decía San Agustín. En la adoración madura la acogida personal del Resucitado y la misión que Él confía a su Iglesia y a sus discípulos.

“Antes de toda actividad y de toda transformación del mundo, debe haber adoración” decía Benedicto XVI. La finalidad de la Evangelización es conducir a la adoración y suscitar adoradores. “El Padre busca adoradores en espíritu y en verdad” (Jn 4,23).

La adoración Eucarística es el sacramento del fervor espiritual y misionero. “No es un lujo, sino una prioridad”, afirma Benedicto XVI. La adoración es ofrenda de sí a Dios que se ha ofrecido Él mismo por nuestra salvación en Jesucristo. Esta ofrenda es totalmente interior. Pero esta consagración de sí mismo a Dios en sacrificio espiritual (cf. 1Pe 2,5) suscita el deseo de llevarlo al mundo.

La adoración Eucarística profesa que Cristo está personal, sustancial y realmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar. Ella vuelve a poner el mundo “en su sitio”, en la línea de Cristo. La humanidad encuentra en fin, con la adoración, alguien ante quien postrarse. En la Eucaristía expuesta, se fija nuestra fe en Cristo.

La adoración Eucarística es fuente de motivación y de ardor para testificar nuestra fe. Así la experiencia de adoración condujo a Isaías a decir a Dios: “aquí estoy, envíame” (Is 6,1-8). La historia de la Iglesia confirma que los



grandes misioneros han sido grandes adoradores del Santísimo Sacramento (cf. Madre Teresa y Juan Pablo II).

La oración de adoración nos compromete a radicalizar nuestra relación con Cristo. Toda misión comienza por una dimisión, una entrega de la vida entera a Cristo, como nuestro único Salvador y Señor. La primera persona encontrada por la misión, es por lo tanto el propio misionero. Debe consentir a dejarse evangelizar por Cristo, al que tendrá por vocación que anunciar.

CONCLUSIÓN. La eucaristía, motor de la conversión pastoral

Uno de los datos originales de la fe eucarística es el de manifestar una transformación, la transformación del pan y del vino que cambia su realidad en su propio ser, y los eleva a una realidad superior, para hacer de ellos el Cuerpo y la Sangre del Señor: “bajo las especies..., ya no está lo que se encontraba antes, sino algo totalmente diferente; y esto no dependiendo solo del juicio de la fe de la Iglesia, sino por el hecho de la realidad objetiva ella misma” (Pablo VI, *Mysterium Fidei*). Como escribe Santo Tomás, “la sustancia del pan no puede subsistir después de la consagración” (ST IIIa q. 75 a.2).

Es el principio de la transustanciación. El Señor se apodera del pan y del vino para hacerlos salir, por así decir, del marco de su propio ser, y colocarlos en un nuevo orden. Incluso si permanecen inalterados en la dimensión física se han convertido profundamente en otros. Allí donde Cristo se hace presente no es posible que nada no haya cambiado. Allí donde Él ha puesto la mano algo nuevo ha acontecido.

Porque Cristo ha cambiado el pan en su Cuerpo, el vino en su Sangre, la Eucaristía es el signo y la prueba de nuestra esperanza: un mundo nuevo puede llegar a partir de Cristo. “Él viene a hacer nuevas todas las cosas”. La Eucaristía es anti-fatalista.

Ya que el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo, ya que el vino se convierte en la Sangre de Cristo, nuestro mundo desfigurado es llamado a cambiar de sustancia y de rostro. “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva pues el primer cielo y la primera tierra han desaparecido” (Ap 21,1). Cada misa lleva la prueba y la esperanza de esta transfiguración.

La Eucaristía es la prueba de lo que podemos cambiar, de que el mundo no está sometido a lo irremediable. Porque todas las formas de violencia cometidas sobre uno mismo, sobre los demás, o sobre la sociedad (vandalismo, delincuencia, faltas de civismo) manifiestan una pérdida o una negación de la esperanza.

La Eucaristía es un proceso vivo de transformación en el cual cada uno de nosotros es movilizado para la transformación del mundo. Frente a todos los fatalismos, los escepticismos y las resignaciones que dudan que el mundo

pueda cambiar; frente a todos los que reducen la fe a una moral de mejora, de esfuerzo voluntarista y de buena voluntad, el sacerdote proclama, en nombre de la Eucaristía, que nuestra vida, que nuestro mundo está llamado a una transformación.

Los *lineamenta* del texto preparatorio del Sínodo sobre la Nueva Evangelización evocaban en el párrafo diez que había que llevar a cabo una verdadera conversión pastoral: “es tiempo de que la Iglesia llame a las comunidades cristianas a una conversión pastoral en el sentido misionero de su acción y de sus estructuras”. “Esta conversión pastoral consiste en dejar los esquemas atrofiados para ir allí donde comienza la vida, allí donde vemos que se producen frutos de vida ‘según el Espíritu’ (Rm 8)” (Juan Pablo II).

Esta conversión pastoral concierne a todos los actores de la vida eclesial. Los mismos sacerdotes deben adoptar un “nuevo estilo de vida pastoral”, abandonar una pastoral de conservación y de mantenimiento, en beneficio de una pastoral del anuncio y del engendramiento. Los fieles laicos deben tomar conciencia de que su identidad bautismal es en primer lugar misionera, y desplegar sus propios carismas para la santificación del mundo. Las familias son llamadas a redescubrir que son los primeros agentes de la transmisión de la fe. A los jóvenes, les corresponde comunicar a las nuevas generaciones la alegría de creer. Los consagrados deben certificar que el anuncio del Reino está en el corazón de la vida de la Iglesia pues la figura de este mundo pasa... Todas estas conversiones pastorales encuentran su fuente en la Eucaristía.